Mi primer encuentro con Josefina Manresa

Entre realidad y memoria

Gabriele Morelli

Universidad de Bérgamo (Italia)

MIGUEL HERNÁNDEZ queda en mi mente ligado de manera indisoluble a mis años juveniles, cuando me matriculé de español en la Facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras en la Universidad Luigi Bocconi de Milán. La elección del poeta oriolano para comenzar una ruta investigadora (que después se mostraría larga) fue debida, entre varias razones que la perspectiva de los años me confirma, a mi lectura primeriza de un breve poema que una compañera argentina, recién llegada de Buenos Aires, me enseñó copiado en su cuadernillo. Aún recuerdo las hojas limpias y bien ordenadas de este álbum con el nombre de Miguel Hernández rotulado en la primera página en mayúsculas, y, abajo, con clara grafía femenina, la catarata de versos que aprendí de memoria y que todavía puedo citar:

Cada vez que paso
bajo tu ventana,
me azota el aroma
que aún flota en tu casa.

Cada vez que paso
junto al cementerio
me arrastra la fuerza
que aún sopla en tus huesos.

Como cualquier lector de la poesía de Hernández sabe, se trata del poema número 50 del *Cancionero y romancero de ausencias* (uno de los mejores libros de nuestro autor). Desde el punto de vista formal, está basado en una copla popular y presenta su conciso contenido dentro de una simetría perfecta y mediante un claro y sencillo lenguaje. En la inicial lectura me impresionó el contraste profundo entre la serie de los elementos repetitivos (rima, vocabulario, verbos de acción perfectamente trabados en gradaciones) de la primera y la segunda estrofas, y la divergencia de sus significados. En efecto, los versos iniciales afirman el valor positivo y



Casa familiar de Miguel Hernández, en la calle Arriba, 1930 (Fundación Cultural Miguel Hernández)



vital del hijo recién nacido, mientras que los últimos aluden a su muerte, implícita en las imágenes macabras del cementerio y los huesos. Este contraste cobra fuerza por el presente verbal que alinea el estatuto de la casa, en que rebosa el amor y la vida del niño, y el del cementerio que sepulta su cuerpo. En fin, se diseña un breve espacio marcado por una estructura de carácter bimembre que, incluso en un nivel formal, contiene una antítesis profunda abierta *ad infinitum*. El poeta cierra inmediatamente este contraste de fondo porque el motivo central –la angustia por la muerte del niño– se ha transformado en algo interior y privado, pero a su vez ha cobrado trascendencia universal y expresa el dolor de todos. La fuerza lírica radica efectivamente en la capacidad de corte, en el sintético enunciado que se limita a indicar los extremos de una bipolaridad que, aunque de ámbito personal, se hunde en la raíz del destino humano. De todos modos, yo advertía en la expresión adverbial «Cada vez» y en el término «aún», ambos con valor temporal, un carácter de continuidad y duración infinitas. Es decir, el poeta me estaba comunicando que el dolor causado por la muerte de su niño inocente le acompañaba en cada momento en la soledad de su jornada.

La lectura del poema, con el halo de sugerencias que desprendían sus breves versos en aquel primer acercamiento, fue un enérgico impulso para mi decisión de estudiar la obra de Miguel Hernández cuando poco después –en aquella época era obligatorio elegir el tema de la tesis en el segundo año de la carrera universitaria– mi profesor requirió el título de mi tesis doctoral. De pronto, tras firmar el tríptico de la papeleta, fui a consultar el tomo III de la *Historia de la Literatura Española* de Valbuena Prat (Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1960), que brillaba en los estantes de la pequeña biblioteca de nuestro Instituto de Español, para descubrir con desilusión que, en su monstruoso tamaño de casi mil páginas, el nombre del poeta de Orihuela asomaba sólo cuatro veces y siempre con referencias indirectas. Nunca a Hernández se le reservaba un espacio



Josefina Manresa y Miguel Hernández en Jaén, marzo de 1937



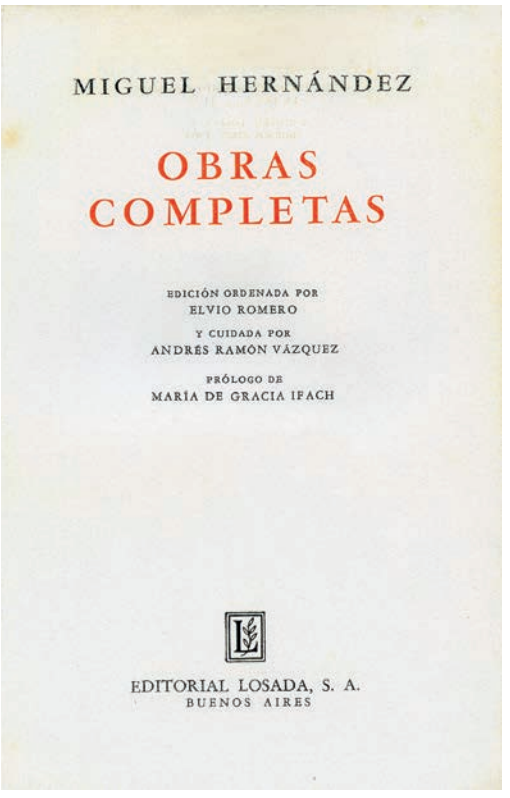
propio, nada decía el eminente historiador de la literatura sobre su vida y su obra. Aún hoy puedo sentir el desaliento que de súbito se apoderó de mí por esta elección desastrosa desde el punto de vista de la rentabilidad escolar, bien consciente de las dificultades con que toparía a la vista de tan paupérrima documentación. Terminadas las clases del primer año del curso universitario, e inducido por la penuria bibliográfica, me decidí a abandonar Milán para trasladarme a España. En el verano caluroso y agobiante de 1963, partí en busca de las huellas de un poeta del que conocía sólo escasos datos, pero con la brújula en mi memoria de aquel poemita que hablaba de la vida y de la muerte.

Como he señalado, mi primera expedición en pos del rastro de la obra de Miguel Hernández empieza a comienzos de agosto de 1963 y, como era usual en aquella ya lejana década, tuve que coger el tren. El larguísimo viaje tenía Madrid como meta, pues allí yo pensaba encontrar un copioso material para mi tesis. Naturalmente, al lado de este interés primario existía otro, impuesto por nuestra profesora de español, Juana Bagnasco de Granados, que pretendía que sus estudiantes –literalmente apodados «los cuatro gatos»– viajaran cada año a España. Para comprobarlo exigía que le enviáramos una tarjeta con saludos desde la ciudad española transitada. Intentando salvar el escollo, hacíamos una colecta cuya recaudación se llevaba la persona que iba a España, y desde allí remitía a la profesora una tarjeta de cada uno. Para facilitar la falsificación, dejábamos como modelo nuestro nombre bien caligrafiado en un papel blanco. Además precisábamos un estudio detallado de la ciudad supuestamente visitada, ya que a la profesora, a comienzos de los exámenes, siempre se le antojaba interrogarnos sobre nuestra gira en España y deseaba saber cuál era la ciudad elegida, cuáles sus museos importantes, cuáles su monumentos y librerías. Por lo tanto, para no caer en contradicciones, era indispensable una adecuada preparación turística, que habitualmente privilegiaba a Madrid, de donde salía la mayoría de las tarjetas con una variante que podía ser Toledo, por su cercanía a la capital. Pero un año, un compañero bastante listo descubrió que una tienda de Madrid vendía postales de las principales ciudades de España, con preponderancia de las andaluzas. A partir de este momento, a doña Juana Granados, enamorada del Sur, empezaron a lloverle postales de Málaga, Sevilla, Córdoba, Granada y hasta de Antequera. A veces, por una distracción del remitente, algunas llevaban la misma fecha, lo que nos obligaba después a justificar los medios de comunicación con que tan rápidamente –en un día– habíamos recorrido el trayecto, por ejemplo, de Málaga a Granada, tan difícil de realizar en aquella época. Estoy seguro de que a nuestra pobre profesora le surgirían algunas dudas al escuchar los giros fantásticos de tan increíbles explicaciones.

En fin, como ya conté en otra ocasión (Morelli, 2007: 28)[1], con vistas al viaje a España preparé los documentos precisos en aquellos años, sin olvidar un certificado de la parroquia de Milán donde constaba que no era comunista, para no correr el riesgo –según me había advertido un amigo– de dar con los huesos en chirona durante mi estancia en el país. En realidad, debo confesar que nunca utilicé este certificado: nadie me lo exigió jamás. Tampoco tuve que presentarlo en la aduana española de Port-Bou, adonde llegué en tren desde Milán en plena noche, y donde esperé largamente mientras los números de la guardia civil me abrían con diligencia maleta y mochila. Volcaron toda la ropa y los objetos sobre una larga mesa de madera, mientras me preguntaban por qué iba a España, cuánto tiempo me quedaría y a quién pensaba encontrar. Recuerdo aquella alba lívida de luces inciertas mientras, cansado, subía a un viejo y destartalado tren español que



parecía abandonado en un andén cercano y que me conduciría a Barcelona. Una vez dentro del departamento, caí en un sueño profundo, pero me despertaron poco después los bruscos saltos que daba el vagón, causados por el distinto empalme ferroviario de los raíles españoles, medida adoptada por Franco ante el temor a una posible invasión de Europa. Tardé tres días en llegar a Madrid; y reservo para otra ocasión los detalles y las anécdotas de mi estancia en Barcelona y el posterior viaje a la capital, primo hermano de escenas de las películas del neorrealismo italiano. Llegué a Madrid a primeras horas de la mañana. Ahorro al lector la descripción de la pobreza de la pensión en que me alojé. Sólo contaré mi primer encuentro con un librero de la capital, a cuya tienda me acerqué para comprar las *Obras completas* de Miguel Hernández. Para ser más exacto, dije en voz alta que estaba buscando algo sobre el poeta Miguel de Orihuela. Añado que la librería en que entré era grande y espaciosa, y que se situaba en la parte central de Madrid, aunque ahora no recuerdo exactamente su dirección. Las brumas del tiempo tal vez me lleven a confundirla con la calle Covarrubias, donde se emplazaba la casa de José Luis Cano que poco después empecé a frecuentar con cierta asiduidad. Pero, en fin, era un establecimiento importante y bien abastecido de libros sobre todo de literatura española y de los grandes clásicos europeos. Pregunté de nuevo al librero si tenía la obra completa del poeta Miguel Hernández. Él me escrutó, pero, hablando a otro cliente que había llegado tras de mí pidiendo libros de Mariano José de Larra, repetía en voz alta: «Vuelva usted mañana, vuelva usted mañana». Yo le sonreí, creyendo que era su manera de prestarme atención mientras atendía a las necesidades del cliente a quien dirigía sus palabras. Éste, un señor gordo y bajito, poco después sacó del estante un libro y, mirando la cubierta, dijo: «No quiero *Vuelva usted mañana*, sino todo el libro *Los artículos de costumbres*. Aquí está la edición que buscaba; me la llevo». Levantó el ejemplar acercándose al librero, pagó y se marchó.



Me quedé solo en la tienda y, de pronto, el dueño se dirigió hacia mí y me apostrofó, gritando:

–Usted, caballero, debe saber que su poeta aquí no puede nombrarse. Por eso le estaba diciendo que volviera mañana. Debe aprender a vivir en España.

Me quedé asustado y un poco preocupado.

–En fin –me dijo el librero–, vuelva este miércoles –era lunes–, que se lo procuro.

El miércoles, muy de mañana, yo ya estaba delante de la librería, pero, con la lección aprendida, me quedé fuera dando vueltas frente al escaparate. De vez en cuando levantaba los ojos hacia el mostrador del librero quien, al final, tras advertir mi presencia, salió y, con un ademán de la mano, me invitó a entrar. En silencio, extrajo del fondo de una caja algo forrado



con un papel rudo de color amarillo y me lo colocó en la mano diciéndome su precio, y luego susurró:

–Caballero, ábralo en su casa.

No respeté el mandato y, una vez en la calle, no resistí la tentación de quitar el espeso papel. De súbito, en mis manos brilló la cubierta roja de la editorial Losada con la indicación: «La dorada de la colección Cumbre». Al abrir la primera página, me chocó la cara intensa y morena del poeta –«*esa cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva frescura subterránea*», dirá Neruda (1979: 134)– que me miraba desde el mismo retrato que portaba la edición de *Viento del pueblo* de 1937. «*Estatua de bronce o arcilla, más que fotografía, barro cocido, amasado y abrasado y capaz de contener, y rebosar, el agua más fresca*», escribirá Aleixandre (1998: 187). Sus grandes ojos negros[2] parecían atentos a una visión interior, en fuerte contraste con la plasticidad material y compacta de su cara. Sí, aún hoy recuerdo perfectamente el color llamativo del libro, y al mismo tiempo siento igual que aquella primera vez el fuerte olor tipográfico de sus páginas aún vírgenes. Así pues, mi primer contacto con la poesía de Hernández fue de carácter físico e implicó la llamada de los sentidos.

Después, el libro me acompañó como el *breviarium* de un sacerdote durante muchos días y semanas: fui con él a Salamanca y, al regreso, gracias a la mediación de José Luis Cano, conocí a Aleixandre, quien, conmovido por la rara circunstancia de que un joven italiano se interesase por la obra de su entrañable amigo Miguel, me ofreció una carta para Josefina Manresa, la esposa del poeta, confiando en su ayuda para mi tesis.

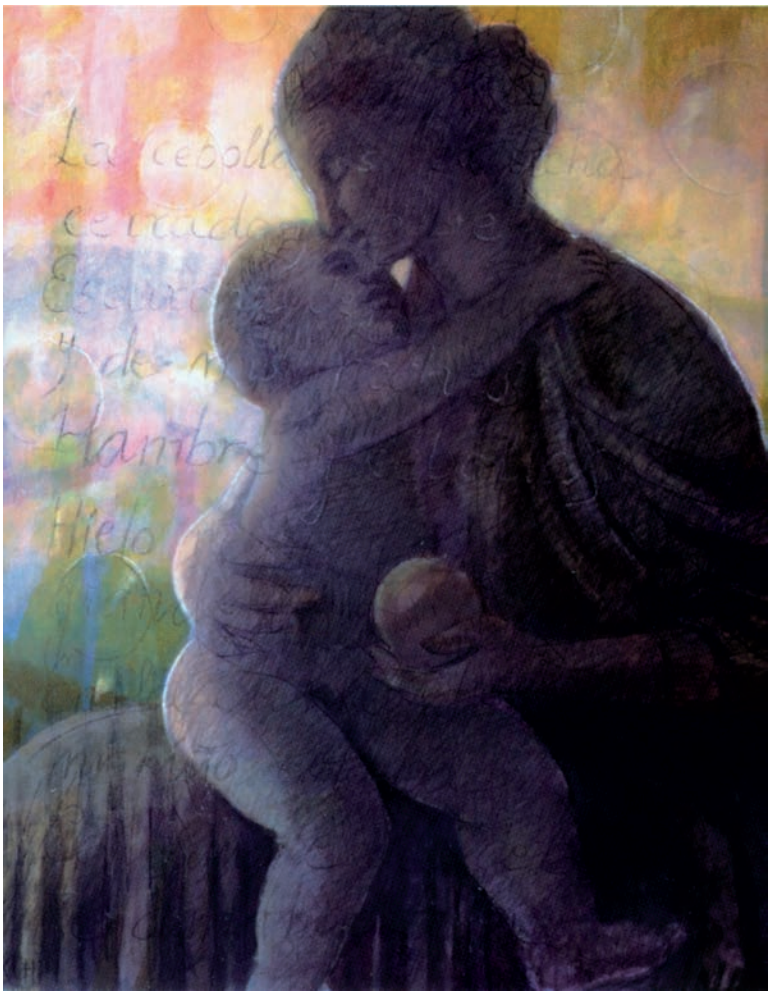
Aquel año no pude emprender el viaje deseado, pero sí durante las vacaciones de verano del año siguiente, viaje que en parte y someramente he contado y que ahora intentaré reproducir:



Miguel Hernández en la foto que aparece en *Viento del pueblo*, 1937

Como el navegante, partí desde Génova en tren hasta Barcelona y seguí hacia el Sur con dirección a la pequeña ciudad de Elche, donde vivía, apartada y retirada, la musa de Miguel Hernández. No sin dificultad, me dirigí a ella para entregarle la nota de Aleixandre y al mismo tiempo para rogarle que me acompañara a ver la casa de su esposo. Mostró resistencia, mucha resistencia, pues, aunque estaba dispuesta a contestar a mis preguntas y aclarar el río de dudas que le planteaba, de ninguna manera deseaba regresar a Orihuela, enclave de tanto odio y dolor personal. Insistí y volví a insistir con osadía juvenil. Tras su cara morena, en perfecta armonía con su persona y con su traje negro, asomaba la determinación de su mirada cortante: no, no quería volver nunca a ver a sus paisanos de Orihuela. Pero al final tal vez la ablandó mi actitud desconsolada, que diluía el inicial entusiasmo por encontrarme frente a la musa de ojos y pestañas negrísimas que fue amada y cantada por el poeta. Cuando ya estaba abandonando la empresa, de repente ella me dijo que sí, que me





Nanas de la cebolla, de Federico Chico

acompañaría por respeto a Aleixandre, pero que jamás cruzaría los umbrales de aquella casa.

Así fue. Viajamos en autobús: esos lentos, ruidosos, asfixiantes autobuses de los años sesenta que renqueaban con hedor a nafta y polvo. Durante el trayecto, Josefina Manresa se quedó muda, ensimismada y con actitud distante. Yo intentaba sonsacarle sobre su relación con Miguel, sobre todo en su último periodo de prisionero, pero ella permanecía silenciosa y como ausente. Su cara sólo se animaba cuando le contaba la estupenda acogida de la poesía de Hernández en Italia, sobre todo entre los estudiantes universitarios. Sus ojos sonreían y se iluminaban al escuchar que el poema preferido era las «Nanas de la cebolla». Recité de memoria las dos primeras estrofas y ella las repetía con voz imperceptible y un sutil movimiento de sus labios finos. Revelaba una manera particular de agrupar las palabras que me sorprendió por su acento suave, largo, que superaba la ruptura del verso y se abría a un ritmo lento, sin pausa alguna. Al final me confió que Miguel le había mandado estas «coplillas» en una carta donde explicaba la razón de su génesis. Como es sabido, había compuesto esta canción de cuna en la cárcel de Torrijos. La copió un amigo, Luis Rodríguez Issern, con quien el poeta coincidió en esta prisión en 1939. Muchos años después conocí a Luis Rodríguez y le pregunté sobre el episodio que me había contado Josefina. Me enseñó una nota suya sobre el asunto, aparecida en el ABC *(28 de marzo de 1983), que reza:*

«Una mañana, en el patio de la cárcel nos leyó unas 'coplas' o 'coplillas', como él las llamaba, que se las había inspirado una carta de Josefina, su mujer, en la que le contaba que sólo comía pan y cebolla. No es que comiera cebolla cruda, como algunos creen, sino un guiso pobre de patata y cebolla. Yo hice una transcripción de aquellas 'coplillas' y de otros poemas. Después, cuando le internaron en Conde de Toreno y yo había salido libre, iba de vez en cuando a comunicar con él, y luego visitaba a Vicente Aleixandre para darle noticias del amigo preso. Un día le llevé algunos poemas, entre los que estaban aquellas 'coplillas' que no tenían título. Les puse 'Nanas de la cebolla' y añadí esa nota que sale en todas las ediciones y que explica por qué Miguel las había compuesto. Parece que a Vicente Aleixandre uno y otra le parecieron bien».

Al llegar a Orihuela, Josefina me acompañó hasta cierto tramo de una calle ancha, que de improviso torcía hacia un callejón a la derecha. Me indicó que más adelante encontraría la antigua casa familiar de Miguel y después me saludó con la mano. Insistí rogándole que



viniese conmigo; pero fue inútil, pues ella se marchó, dejándome solo con el tumulto en el corazón propio del que atisba el culmen de la aspiración acariciada desde tiempo atrás: penetrar en los muros de la morada del poeta.

Hasta aquí la cita del primer encuentro con Josefina Manresa, cita que, dentro del tema general de mi experiencia de hispanista, yo limitaba a las evocaciones esenciales, pero que ahora retomo sumando otros detalles que entonces consideré irrelevantes y que en cambio, al revivir aquel lejano encuentro, quizás constituyan una nueva luz para comprender mejor la relación vivida entre Josefina y Miguel. Como aclara el título de este artículo, recupero los datos reales de aquel diálogo, al lado de cuestiones que no me atreví a plantear a la esposa del poeta o, mejor dicho, que no podía indicar entonces por ignorancia de aspectos de la vida y la obra hernandianas a los que sólo he accedido con el paso de los años. El empleo de la cursiva ayudará al lector a distinguir con facilidad lo atribuible a la invención –aunque basada en hechos reales de la historia y biografía del poeta– de lo realmente acaecido. Volvamos, pues, a la estación de Elche, donde desembarqué la primera semana de agosto de 1964.

Era un día húmedo y sofocante; yo tenía apuntados en una notita el nombre y la dirección –creía entonces– de una pariente o amiga de la esposa del poeta, a la que, según las indicaciones de Aleixandre, debía dirigirme preguntando por Josefina. En realidad, yo no vi su casa, en aquel entonces ubicada en la avenida Reina Victoria, 12, ya que más de una hora después la encontré delante de una panadería desde donde fuimos a una especie de placita; allí nos sentamos en un banco rudo de piedra a la sombra de algunos árboles. A tantos años de distancia, solo ahora resuena en mi cabeza la frase de Aleixandre: «No vaya usted directamente a su casa: antes busque a esta vecina, buena amiga suya, y pregúntele por Josefina». La audacia inconsciente de la juventud me impidió reflexionar en aquel momento sobre estas palabras, ya que, al oírlas, pensé que el exquisito Aleixandre se preocupaba de que mi intrusión no perturbara la intimidad familiar de la mujer. Sin embargo, una hora después fue ella quien se me acercó preguntando si era «el chico italiano enviado por Vicente». Debo confesar que entendí sólo la palabra «italiano», pero bastó para que de pronto dijera que sí, que era yo, que venía de parte de Aleixandre y que había viajado durante dos días desde Italia para conversar con ella. Al comienzo, al mirar su cara ancha y grandota, pensé que no era Josefina, la esposa del poeta, pues yo tenía en la mente la imagen de una figura esbelta, desdibujada por el dolor y, naturalmente, de cejas espesas y pelo negro que llevaba alzado. Estos rasgos no faltaban, pero, no sé por qué, aunque ahora me lo explico con los anteojos de la literatura, no me parecían convincentes, y además durante el viaje y las horas pasadas en Elche yo había observado a muchísimas mujeres de aspecto semejante. Pero sí, era ella: «Soy Josefina», me dijo, «pero vamos a otro lugar». Y, torciendo por un callejón, partió sin demora, mientras yo la seguía procurando no superarla, ya que su andar silencioso y determinado me inspiraba aprensión y cierto miedo. Advertía la clandestinidad de la cita y, sobre todo, temía la imponderabilidad de algún impedimento. Nada de eso: poco después, mientras yo andaba tras su caminar rápido, ella entró en una plazuela solitaria y se detuvo delante de un banco de piedra. Nos sentamos. Yo me quito la mochila e intento hablar, pero la voz no sale, el sudor me empapa la frente, me empaña los ojos y me seca la garganta. En aquel momento, mientras Josefina sacaba del bolsillo del traje la nota de Aleixandre que yo había entregado a su primer destinatario, le confesé mi deseo



de ver la casa de Miguel y ella en Orihuela. Y ella refunfuña:

–¡Que no es mi casa y tampoco quiero volver a verla!

Y añadió:

–Nuestra casa fue la de Cox, donde vivían mi abuela y mis hermanos, y donde nacieron nuestros hijos y Miguel pasó sus mejores días; es esta la casa que yo recuerdo como nuestra, aunque en Cox viví también en otros lugares.

Rápidamente le dije si podía visitarla:

–No, ya no existe, ha cambiado totalmente.

Intento reconstruir esta conversación, que duró casi media hora. Ella me preguntó por mi viaje y por el profesor Dario Puccini quien, a comienzos de los años sesenta, recordó Josefina, vino a visitarle con su esposa a Elche, y con el cual, sucesivamente, había contactado a través de amigos comunes, cuando preparaba la primera antología italiana de la obra de Miguel, publicada por Feltrinelli en 1962. Sonriendo, me confió que le gustaban mucho los poemas traducidos al italiano:

–Parecen más bonitos, ya que suavizan un poco toda la pena que Miguel encerraba dentro. Pero –añadió– pude leer el libro sólo mucho tiempo después, ya que cuando lo recibí tenía, y sigo teniéndolos, problemas en los ojos: en 1962 tuve que operarme en una clínica de Barcelona.

Me interesé por los inéditos del poeta que ella guardaba, pero me contestó que se los había dado todos a Aleixandre y a otros para realizar una edición española de la obra de Miguel[3]. Poco a poco me di cuenta de que, siempre que aludía a los manuscritos o a la correspondencia del poeta, Josefina cambiaba de tema, o sencillamente simulaba no entender mi castellano aún balbuciente. A veces, en lugar de responder a mis cuestiones, ella me preguntaba qué libros tenía yo del poeta. Le contesté que el año anterior había comprado en Madrid las *Obras completas* de la editorial Losada.

–En realidad –me dijo– casi todos los libros que han salido sobre Miguel llevan errores y erratas, a pesar de que yo he enviado materiales y he dado datos biográficos y retratos aún desconocidos de Miguel, que a veces no me han devuelto o, peor, han perdido.

Le comenté que en mi tomo de Losada no había percibido estos errores.

–Hay erratas y mala ordenación cronológica de los poemas, aunque en este caso los textos han sido cotejados con los manuscritos originales que yo escondí en casas de parientes. Además, no entiendo bien lo que dice al final María de Gracia Ifach cuando escribe que Miguel «fue encarcelado por última vez en el cementerio de Alicante»; en realidad, su muerte fue la liberación de una terrible enfermedad que le había destrozado por completo alma y cuerpo. Su cuerpo estaba lleno de pus y llagas por todas partes; se liberó sobre todo del sufrimiento por el estado en que se encontraba, separado de su hijo y de nosotros. Yo no podía verlo sufrir así; cuando por última vez me permitieron visitarlo en la cama de la cárcel, sabía que se iba a morir pronto. Ya no tenía palabras sino sólo ronquidos; pero, igualmente, su desaparición fue un dolor tremendo para mí y para su familia.



Cox, lugar de residencia de Josefina Manresa y su familia



Le pregunté si estaba presente en el momento de la muerte y me contestó que no, pero fue como si estuviera.

–Yo estuve muriendo poco a poco con él –dijo en voz baja.

A continuación me interesé por los poemas del libro *El rayo que no cesa* que Hernández le había dedicado, aunque el propio Aleixandre me había señalado que Josefina no era la musa inspiradora de todos los textos. A continuación recreo el aspecto que no me atreví a indagar en aquella ocasión y que sólo ahora registro, así como la hipotética respuesta. La cuestión, naturalmente, resulta más lógica gracias a los datos posteriores que el estudio y el mejor conocimiento de la obra y biografía del poeta han aportado.

* * *

–Señora Manresa, ¿se acuerda usted de cuándo escribió Hernández los poemas de *El rayo que no cesa*? ¿Ya los conocía antes de su publicación?

–No me gusta hablar de este libro, demasiado íntimo, y en el que además la figura a la que Miguel se dirige no se corresponde con mi persona. Yo prefiero los poemas de El silbo vulnerado.

–Pero los poemas «Me tiraste un limón» y «Te me mueres de casta y de sencilla» (éste aparecido con el título «Pastora de mis besos») sin duda son atribuibles a su influencia personal.

–Sí, es verdad, estos dos poemas me pertenecen, aunque en este periodo Miguel sufre un distanciamiento ideológico y humano causado por las malas compañías que frecuentó en el bullicio de la vida madrileña de la época. Entre las malas compañías estaba una mala mujer, bien experimentada en el amor.

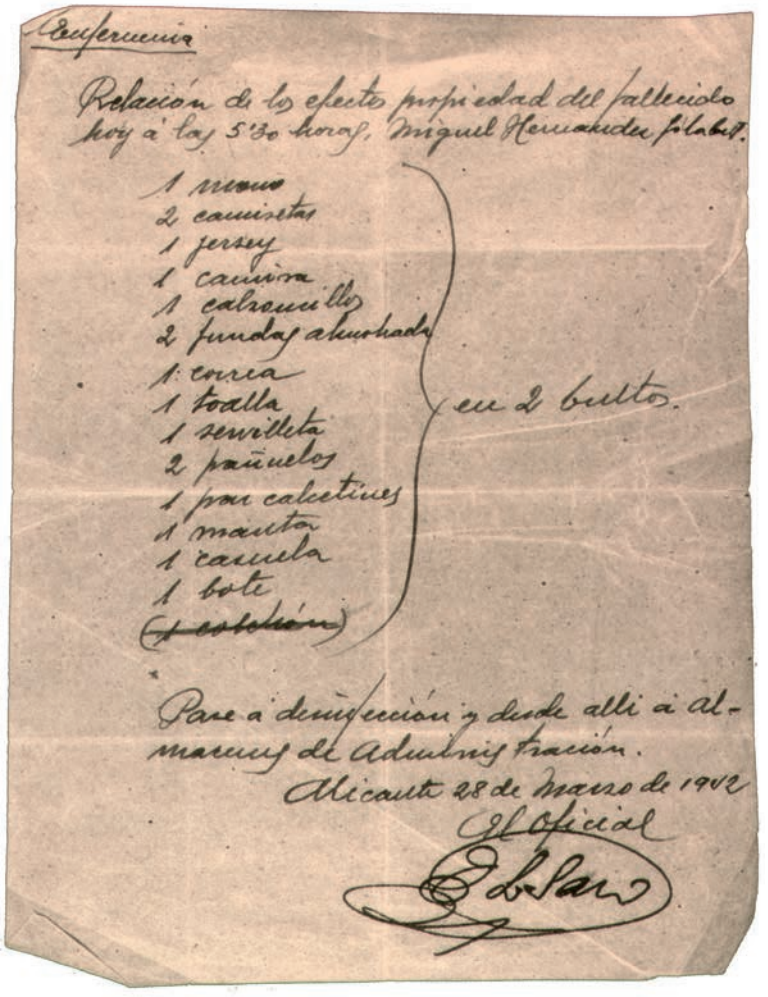
–¿Se refiere a la pintora gallega Maruja Mallo?

–Yo nunca conocí a esta mujer, pero me llegó de una manera indirecta la noticia de esta relación a través de los amigos de Miguel que vivían en Orihuela, entre los cuales se contaba Efrén Fenoll, bien informado de los hechos madrileños, aunque yo algo había imaginado. En este periodo el noviazgo con Miguel se enfrió. Él ya era distinto, el ambiente madrileño lo había cambiado totalmente. En su última carta, que me envió el 27 de julio de 1935, contestaba a mis reproches de una manera incomprensible en su persona, que yo notaba distinta y que ahora criticaba mi sana moral cristiana y rehusaba mis costumbres pueblerinas que hasta entonces habían sido las suyas. Escribía: «Tú eres muy vergonzosa, no te gusta que te vean quererme y a mí se me importa un pito, por no decir otra palabra más expresiva que pito, casi igual, solo que en vez de t lleva j. ¿Si nos han hecho para eso, por qué vamos a ocultarnos cuando nos tenemos que hacer una caricia? La gente de los pueblos es tonta perdida, Josefina mía: por eso me gustaría tenerte aquí en Madrid, porque aquí no se esconde nadie para darse un beso, ni a nadie le escandaliza cuando ve a una pareja tumbada en el campo, uno encima de otro». Y la carta continuaba: «Me gustaría que fueras más sincera para estas cosas, que no te calles nada de lo que sientes y piensas. ¿O es que tú, cuando piensas en mí, piensas solamente para rezar? Me supongo que no. Por lo tanto, es una tontería de las más grandes el pasarse la vida martirizándose de tanto



Josefina Manresa y Miguel Hernández en Jaén, marzo de 1937





Enfermería

Relación de los efectos propiedad del fallecido hoy á las 5'30 horas, Miguel Hernández Gilabert.

1 manta
2 camisetas
1 jersey
1 camisa
1 calzoncillo
2 fundas almohada
1 correa
1 toalla
1 servilleta
2 pañuelos
1 par calcetines
1 manta
1 cazuela
1 bote
(1 cuchara)

en 2 bultos.

Pase á desinfección y desde allí á almacenes de Administración.

Alicante 28 de marzo de 1942

El Oficial

Lista de objetos personales de Miguel Hernández en el momento de su muerte

desear una cosa y no satisfacer ese deseo pudiendo...». En fin, Miguel, el Miguel que yo conocía había cambiado; de otra manera no se explican las palabras de otra carta anterior, de comienzos de marzo, que me dirigió ofendiendo a mi persona, y que decían: «Parece, Josefina, que tú tienes novio para no desentonar de tus amigas que tienen y dar envidia a las que no lo tienen. Yo no quiero ser tu novio para esas cosas, ni quiero que me quieras porque no te ha querido otro que a ti te hubiera gustado por los dos lados de la cara, o porque no te ha de querer otro». De veras, quien escribía así era otro Miguel, muy lejano y distinto del que yo frecuentaba antes. La vida de Madrid lo había trasformado y ya no era el mismo.

No pude lanzar a Josefina otra pregunta, que años más tarde me sugirió el conocimiento personal de Luis Rodríguez Isern, compañero del poeta en la prisión de Torrijos. Él fue a saludar a Miguel antes de su traslado a la terrible cárcel de Palencia, donde Hernández sufrió tal hambre, humedad y frío que aumentaron su antiguas afecciones cerebrales y que incluso le causaron una terrible hemorragia, como revela el propio Hernández en su carta enviada a Carlos Rodríguez Spiteri: «Que no me pase lo que me pasó en Palencia, de donde hube de salir enfermo y con una hemorragia muy grande» (24 de abril de 1941). Luis Rodríguez me confirmó lo que igualmente me había dicho Aleixandre: el poeta anhelaba que Josefina y su hijo se trasladasen a vivir a Palencia, o a Madrid, para estar cerca de él, según revelan numerosas cartas y tarjetas del poeta enviadas a su esposa durante esta fase. «Si consigo encontrar entre las familias de mis compañeros de fatigas que residen en Palencia, alguna con quien pudieras estar, me gustaría que vinieras», suplica Miguel en la carta del 2 de octubre de 1940. Pero según la confesión que me hizo un día Aleixandre al hablarme de su desafortunado joven amigo, resulta que también Hernández intentó buscar un domicilio para su familia en Madrid y se había dirigido al maestro sevillano. Me confirmó este dato el mismo Rodríguez Isern cuando se lo pedí. La tentativa personal de Aleixandre chocó, según me informó, con la resistencia de Josefina, que se negaba a abandonar su casa de Cox. Con la distancia de décadas, ahora evoco la cara morena de Josefina y la imagino atenta a la pregunta. Escucho de nuevo la voz pausada de Aleixandre que me confiaba: «¿Sabes?, escribí un par de veces diciendo a la pobre Josefina que mi hermana Conchita le había encontrado algo para se quedara en Madrid, pero ella me dijo que, con un hijo pequeño y enfermizo, no podía en absoluto separarse de sus parientes, ya que necesitaba su sostén y ayuda. Y mandé decírselo al pobre Miguel, aunque no era fácil comunicar con



él en Palencia. Eran años difíciles para todos».

Pero queda pendiente la pregunta que no lancé a Josefina con la respuesta que tampoco pudo ofrecerme.

–Josefina, ¿por qué no se trasladó a Palencia cuando Miguel se lo pedía durante el periodo duro de encarcelamiento en esta ciudad castellana?

–Ante todo –contesta agria la mujer, mirándome fijamente a los ojos–, Miguel no me aseguró ningún domicilio concreto en Palencia, y aunque lo hubiera encontrado, yo no habría podido aceptar porque Manolillo se encontraba débil y con problemas de salud. En esta situación era peligroso afrontar un viaje largo y difícil para una mujer sola, según eran los viajes en tren en aquella época. Pero de Cox, donde según he dicho seguía viviendo al lado de mis familiares, envié muchos paquetes de alimentos y ropas a Miguel, e incluso le envié tabaco, ya que, a pesar de su enfermedad, en particular su bronquitis, había tomado el mal hábito de fumar y creo que por culpa de sus compañeros de la cárcel de Ocaña donde estuvo antes.

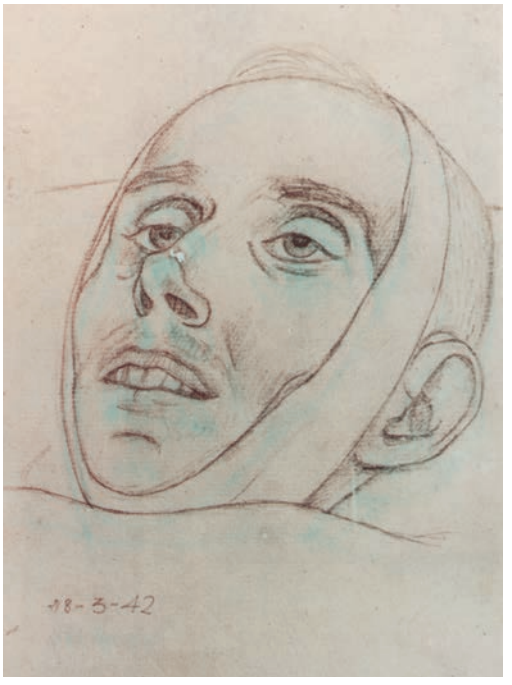
–Pero Aleixandre le había prometido ayuda...

–Es verdad, el buen Vicente me mandó decir que estaba buscando una colocación para mí y Manolillo en una casa de Madrid, pero Miguel me requería con insistencia en Palencia, donde estaba encerrado en la prisión. Yo dependía completamente de los míos y de algunos amigos, entre los cuales quiero recordar a Vicente, que en ese momento y también después de vez en cuando me enviaban algún dinerito para comer.

–Posteriormente, el 28 de noviembre de 1940, Miguel fue trasladado al Reformatorio de Adultos de Ocaña, y tampoco entonces usted intentó acercarse a él, que la requería con denuedo. Y usted recuerda la carta que le envió Miguel el 10 de enero de 1941, en la que él le suplicaba que se fuese a vivir a Madrid: «Con los 30 duros –le decía– y algunos más si es posible, viviendo en familia, con la de Luis Rodríguez por ejemplo, para esperar la solución de mi situación, lo pasarás bastante bien. Podremos vernos cada 15 días y podré contarte muchas cosas». Josefina, ¿por qué tampoco aceptó esta solicitud de trasladarse a Madrid a casa de Luis Rodríguez, hecho que significaría para el poeta la posibilidad de un acercamiento a la cárcel y un alivio para su soledad?

–Ya se lo dije: habría sido imprudente abandonar Cox, donde yo contaba con el único sustento para nosotros. No quiero repetírselo otra vez, como tantas veces se lo dije a Miguel, pero él, nada, testarudo, volvía siempre sobre el tema, a veces dudando de mi buena voluntad y de mis sentimientos.

–Reitero que si, en efecto, podía ser para usted dificultoso alejarse de sus familiares para ir a vivir en Palencia, no lo era trasladarse a Madrid, donde podía contar con la ayuda de tantos amigos, como por ejemplo la del generoso Aleixandre. En una carta del 18 de enero, Miguel le hacía la misma consideración, suplicando con tono áspero: «Dime en seguida si estás dispuesta a venir, y el tiempo que tardes en decírmelo, tardo yo en arreglar esto,



Miguel Hernández amortajado, dibujo de Eusebio Oca (Foto Sánchez, Archivo Municipal de Alicante)





Presos durmiendo la siesta, de Gastón Castelló (Colección Diputación de Alicante)

Josefina». Y añadía con reproche: «Si no te decides me darás un gran disgusto y no volveré a insistir nunca… Piénsalo detenidamente y deja esta cobardía para andar por el mundo que siempre has tenido. En Palencia, todavía podías excusarte, pero en Madrid no estarás sola nunca, pasara lo que pasara, porque además de Vergara, están Aleixandre y una infinidad de amigos».

–Es que Miguel tenía sus ideales y no se daba cuenta de nuestra realidad, la mía y de su hijo.

* * *

Torna el recuerdo de aquel lejano encuentro –tuve un segundo que narraré en otra ocasión–, en el que siempre hablaba yo y preguntaba algo sobre la vida del poeta o sus poemas, mientras que Josefina se limitaba a asentir o, más bien, a negar rotundamente lo que yo opinaba. El viaje con ella a Orihuela ya se conoce, pero no fue el mismo día de mi visita a Elche, sino al siguiente. El proyecto estuvo en duda hasta el último instante, ya que Josefina me repitió tajante que no quería volver a pisar el polvo de ese pueblo. Pero al final quizás le conmovió el hecho de que, cuando volví a verla al día siguiente, me presenté con tres billetes del autocar para Orihuela. Le aseguré, enseñándolos, que el que sobraba era para Miguel, porque sin duda él estaría con nosotros y nos acompañaría durante el viaje. De pronto Josefina se me acercó (siempre hablábamos a cierta distancia) y me miró intensamente; su cara se había suavizado y en sus ojos brillaba una sombra oscura. No dijo nada. Se encaminó rápida hacia la estación de autocares; y, yo, detrás, con las tres entradas pegaditas en la mano sudada. A mi lado iba con su paso elástico y veloz también Miguel. Volví a mirarle y le vi como le recuerda Aleixandre cuando iba a visitarle en su casa madrileña (1998: 182):

> *Calzaba entonces alpargatas, no sólo por su limpia pobreza, sino porque era el calzado natural a que su pie se acostumbró de chiquillo... Llegaba en mangas de camisa, sin corbata ni cuello, casi mojado aún por el chapuzón de la corriente. Unos ojos azules, como dos piedras límpidas sobre las que el agua hubiese pasado durante años, brillaban en la faz térrea, arcilla pura donde la dentadura blanca, blanquísima, contrastaba con violencia como, efectivamente, una irrupción de espuma sobre una tierra ocre.*



Notas

1. En realidad, en el citado artículo, yo acreditaba como mi primer viaje a España el realizado a Elche para encontrar a Josefina Manresa.

2. El color de los ojos de Hernández varía según las diferentes versiones de allegados al poeta: para Aleixandre son «azules»; Josefina los recuerda «verdes claros»; «oscuros», según Octavio Paz; mientras que, según la hoja del servicio militar y la ficha carcelaria, son «pardos». Sobre el asunto, véase la nota de E. Martín (2005: 42-43).

3. Probablemente se trata del libro *Obra escogida* (1952). Sobre el interés de Aleixandre por la publicación de la obra de Hernández, es suficiente leer la carta del 20-12-1956 enviada a José María Cossío, donde informa sobre el deseo de la viuda de Hernández de editar «un libro con las poesías publicables de su marido». En otra misiva anterior, del 9-3-1947, afrontaba con detalles y su habitual meticulosidad el asunto de los derechos de autor informando de las condiciones pedidas por Josefina, y pidiendo ayuda a Cossío para la realización de la publicación (véase Neira, 1998: 369). En efecto, Aleixandre, ya a partir de 1946, se ocupaba de la gestión de la edición de la obra de Hernández, como revela su carta enviada al poeta canario Juan Medros en la que recuerda: «Si se encuentra editor, la viuda desea publicar una *Antología* de su obra, con los poemas inéditos incluidos. Claro que un editor no ha de faltar» (Cases Andreu, 2000: 88-89).

Bibliografía

ALEIXANDRE, Vicente, *Los encuentros*, ed. Alejandro Duque Amusco, Madrid, Espasa Calpe (Austral), 1998.

CASES ANDREU, Ildefonso, «Una carta de Vicente Aleixandre», *Oleza* (2000), pp. 88-89.

HERNÁNDEZ, Miguel, *Obra escogida* (Poesía-Teatro), pról. Antonio del Hoyo, Madrid, Aguilar, 1952.

MARTÍN, Eutimio, «Luces y sombras sobre la biografía de Miguel Hernández», en AA. VV., *Presente y futuro de Miguel Hernández*, Actas del II Congreso Internacional, Orihuela (Alicante), Fundación Cultural Miguel Hernández, 2005.

MORELLI, Gabriele, «Un joven hispanista en busca de su vocación», en G. Morelli (ed.), *La Generación del 27 y su modernidad*, Málaga, Centro Cultural Generación del 27, 2007, pp. 25-36.

NEIRA, Julio, «De Aleixandre a Cossío: cartas de posguerra», *Boletín de la Biblioteca de Menénez Pelayo*, año 74 (1998), pp. 369-403.

NERUDA, Pablo, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Argos Vergara, 1979.